

Herencias chichimecas

Los señores que vivían en la *chichimecatlalli*, en aquella tierra que los informantes de Sahagún conocían como “muy pobre, muy estéril y muy falta de todos los mantenimientos” (Sahagún, 1969, libro 11, cap. XII: 349) legaron a Mesoamérica a través del tiempo y en especial a partir del Epiclásico (600 a 900 d.C.) varios elementos culturales que la marcaron de modo indeleble. La presencia física de estos chichimecas está asimismo sugerida por la arqueología y avalada por la información histórica.

Presentaremos aquí algunos aspectos del legado de los norteños en la formación del mundo Postclásico. Para tal efecto, nos centraremos en las aportaciones que hicieron las poblaciones que, en el Epiclásico, abandonaron diversas partes del septentrión y, en sus migraciones al sur, participaron en la formación de Tula. Con este trabajo no pretendemos abarcar en su totalidad el tema general de las aportaciones de los norteños a la historia mesoamericana, sino sólo ejemplificar la importancia que reviste este tema para abordar la compleja situación política y cultural que caracterizó la época Postclásica, después del derrumbe de las grandes unidades políticas del Clásico y en una época en que el área cultural mesoamericana perdió una porción considerable de su territorio septentrional. Esperamos demostrar que considerar la historia del norte en su conjunto o de cada una de sus partes como de interés meramente local puede llevar a distorsiones considerables del panorama histórico, a semejanza de lo que pasaría si se pretendiera entender la evolución de la Nueva España sin tener en cuenta la de sus dilatadas provincias norteñas. Trataremos también de aclarar algunos de los múltiples prejuicios y confusiones que persisten acerca de los chichimecas.

Es preciso iniciar nuestras proposiciones comentando qué es y dónde queda esa *chichimecatlalli*, y por supuesto qué entendemos por *chichimeca*. Por una parte, los etnólogos informan que se trata siempre de gente norteña (Odena, 1990: 452; Reyes y Odena, 1995: 227). Pero, ¿dónde queda ese norte?

*Centro INAH Colima, Universidad de Colima.

**Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM.



● Fig. 1 Expansión máxima de la Chichimecatlalli mesoamericana y algunos de los sitios mencionados

Hay por lo menos dos enfoques sobre el particular: uno sería ubicar su límite meridional allí donde comienza el de la gente civilizada mesoamericana. Otra, que es la que hemos adoptado en este trabajo, es considerar a ese límite o “frontera”¹ tal como se concebía en el siglo XVI, esto es la línea o banda que, en el centro de México, se encuentra sobre los ríos Pánuco-Moctezuma, Santiago y Sinaloa (Kirchhoff, 1943a).² Así, todo lo que queda al norte de esa frontera es la tierra de los chichimecas. A su vez, el límite septentrional de esta región se extiende hasta el paralelo 38N y al oriente hasta el meridiano 97W³ (Di Peso, 1974: 4).

¹ Véase Brambila (1996) acerca de los problemas para definir fronteras

² Véase Castañeda *et al.* (1988) y Viramontes (1996) para una ubicación arqueológica de esta “frontera” en Guanajuato y Querétaro.

La *chichimecatlalli* o la Gran Chichimeca, como la llamaron los españoles (Reyes y Odena, *op. cit.*: 227), no puede considerarse como “área cultural” de acuerdo con los parámetros establecidos para definir tal tipo de región (Kirchhoff, 1954: 530), ya que los grupos que allí vivieron no tuvieron ni el mismo origen ni el mismo proceso histórico, y su base de subsistencia ni era la misma ni se sostenía necesariamente por mucho tiempo, ya que debían adaptarse de modo continuo a cambiantes condiciones ecológicas, económicas y políticas. Tal fue el caso, por lo menos, en las regiones mejor investigadas del extremo

³ De acuerdo con la información histórica recopilada por Di Peso (1974: 49-52), la Gran Chichimeca incluye grupos en el extremo noroeste, tanto históricos como prehistóricos: los chichimeca ootam, hopi, zuñi y pueblo —que son grupos sedentarios, algunos de nivel urbano como Paquimé, Chihuahua—; así como recolectores-cazadores —los chichimeca seri, apache, suma, entre muchos otros— y también aquellos que conociendo bien la agricultura, ante ciertas circunstancias debieron vivir básicamente como recolectores, así como recolectores que aprendieron a cultivar en una sola generación (Braniff, 1977).

norroeste (Cordell, 1984: 312-313). Así, en aquella tierra norteña habrían tanto grupos cazadores recolectores como civilizados y todos los grados intermedios: los teochichimecas “del todo bárbaros”, los toltecas “que todos se llamaban chichimecas y que eran oficiales pulidos y curiosos”; “los que se nombran chichimecos otomies, tamime y zacachichimecos”; y los nahuas “que también se llamaban chichimecos”; los atlacachichimecos (antepasados de los mexicanos) (Sahagún, *op. cit.*, libro X, cap. XXIX); así como los chichimeca uacúsechas, agricultores y predecesores, “parientes de la misma sangre” de los tarascos (Michelet, 1995: 173-174), entre otros, todos ellos norteños pero de nivel cultural distinto.

Concebir a esta gran región como una que incluye diferentes tipos y niveles de cultura como lo propone Di Peso, nos exonera de utilizar términos rígidos o inadecuados como los de Oasis y Aridamérica (Kirchhoff, 1954; López Austin y López Luján, 1996), que no tienen profundidad histórica⁴ como el del “Suroeste” (Smithsonian, 1979) y Gran Suroeste (Kroeber, 1928, en Kirchhoff, *op. cit.*), que se refieren al suroeste de los Estados Unidos, región que sólo tiene 150 años de antigüedad; ni tampoco es aplicable el del norte de México, puesto que incluye parte de los Estados Unidos.

Un importante suceso al que daremos especial atención fue la ampliación de Mesoamérica hacia el norte, dentro de la *chichimecatlalli*, durante los primeros diez siglos de nuestra era (quizá desde un poco antes). Hemos llamado esta zona la Mesoamérica Septentrional⁵ o la

Mesoamérica Chichimeca, y en ella nos dedicaremos sólo a la región central y noroccidental (fig. 1), ya que la región nororiental tiene otro origen y proceso histórico y no conocemos bien a bien su presencia en la Mesoamérica Nuclear.⁶ Tampoco consideraremos aquí el otro extremo del septentrión porque a lo largo de la costa sinaloense las fluctuaciones siguieron un proceso muy distinto en el tiempo, puesto que se ubican en el Postclásico (Hers, 1995a).

En cuanto a la región central y noroccidental, el inicio de la expansión o colonización ubicada de modo temporal y en términos generales en el Formativo Terminal, al principio de nuestra era, se debió a gente adelantada culturalmente, cuyo origen se encuentra en el occidente.⁷ Podemos reconocer diversas tradiciones en esos movimientos de expansión. La tradición Teuchitlán, cuyo núcleo se encuentra en Jalisco (Weigand, 1993), dejó sentir su impacto en la Sierra Madre Occidental (río Bolaños-Mezquitic, esencialmente; Cabrero, 1989), en el poniente de Guanajuato (Cárdenas, 1997) y, hacia el sur, en Colima (Ángeles Olay, comunicación personal, 1997). La tradición Chupícuaro, cuyo núcleo se ubica en el sur de Guanajuato, dejó su impronta en el norte sobre todo en las fases que derivaron de ella, la fase Loma Alta en Michoacán (Carot, 1994, en prensa), la fase Morales en Guanajuato (Braniff, 1996a) y la fase Canutillo en Zacatecas y Jalisco (Kelley, 1971; Hers, 1989), dando lugar a lo que se ha denominado la tradición de “patios hundidos” (Cárdenas, 1997; Crespo, 1992; Castañeda *et al.*, 1996:166). Re-

dicionario que se refiere a “una posición a un lado de”, mas nunca percibió aquella región como una relegada culturalmente, como lo confirman sus escritos donde menciona su papel protagónico en la historia mesoamericana.

⁶ Por Mesoamérica Nuclear, entendemos la que excluye la Mesoamérica Septentrional definida como lo hemos hecho.

⁷ El occidente puede concebirse en dos maneras: incluyendo sólo las regiones costeras, o agregando los estados de Guanajuato, Querétaro, Zacatecas, Durango y el Estado de México, tal como lo consideraba Lister (1955). En este trabajo usamos el primer concepto (pero incluyendo Guanajuato), ya que el segundo es precisamente nuestra Mesoamérica Septentrional o la región tolteca-chichimeca.

⁴ Varios etnólogos dibujan en un solo mapa la posición de las diferentes “tribus” norteñas como si fueran contemporáneas. La colonización hispana tardó casi 400 años en consumarse, tiempo durante el cual sucedieron todo tipo de movimientos. De aquí que no pueda saberse con certeza quiénes eran de Oasis (agricultores) y quiénes de Aridamérica (cazadores recolectores) o si alguno de ellos cambió a otra forma de subsistencia. Tampoco podría extrapolarse esta división a tiempos prehispánicos tanto por los argumentos mencionados como por nuestra ignorancia acerca de lo sucedido en gran parte de la *chichimecatlalli*.

⁵ Braniff tuvo el mal tino, hace muchos años, de llamar a esta región la “Mesoamérica Marginal”, empleando el concepto del

cordemos que la tradición Chupícuaro presenta evidencias de fuertes contactos con el centro de México, específicamente con sitios del Formativo tardío y terminal (Braniff, 1972, 1996a) y, por ende, hay que considerar que esos movimientos de expansión al norte están relacionados con la gran efervescencia cultural que se da en esos tiempos en toda Mesoamérica.

La expansión de la frontera significó también que entraran en contacto el occidente mesoamericano y las lejanas tierras de Arizona y Nuevo México (Kelley, 1966; Braniff, 1972 y 1996a y b). Trabajos recientes que dieron a conocer la fase Loma Alta de Michoacán reavivaron la cuestión de los lazos que cruzaban de sur a norte la *chichimecatlalli* (Carot, 1998).

La expansión de la frontera cultural mesoamericana ha de haberse desarrollado como el fruto de procesos muy diversos aún mal documentados. Por ahora, prevalecen los datos que apuntan hacia migraciones, pero algunos autores consideran que ocurrieron evoluciones locales desde un estadio de cazadores recolectores, aunque hasta ahora no han sido presentadas las evidencias de tal paso que, de haber existido, habría sido excepcionalmente abrupto. En ninguna de las zonas norteñas aludidas se han podido documentar las ocupaciones que antecedieron a las que presentan ya un claro carácter mesoamericano. El estudio de las diversas culturas no-mesoamericanas es el mayor desafío que aún enfrenta la arqueología de las regiones del norte de México que fueron habitadas, en un momento dado, por poblaciones de tradición mesoamericana. Esa carencia es el principal obstáculo para entender el origen de la presencia mesoamericana en esas latitudes.

La ampliación mesoamericana llegó hasta el Trópico de Cáncer,⁸ en tierras más áridas que las de la Mesoamérica Nuclear (Braniff, 1989a,

⁸ En el estado de Durango, la frontera mesoamericana rebasó en casi 300 km la línea del Trópico. Esa colonización tuvo lugar hacia 600 d.C., más de medio milenio después de la primera gran expansión. Fue el resultado de un movimiento coloniza-

mapas), logrando desarrollarse así en “unidades político-territoriales” (Crespo, 1992) durante el Clásico. Sin embargo, tal desarrollo comenzó a desgranarse hacia los años 800-900 d.C.⁹ y los colonizadores, que deseamos llamar genéricamente tolteca-chichimecas,¹⁰ tanto por ser norteños como por ser “pulidos y curiosos” y antepasados (en parte) de la tradición tolteca de la Tula de Hidalgo, inician un repliegue, retorno y presencia en la Mesoamérica Nuclear. Esta información arqueológica que ampliaremos en adelante, nos permite aclarar la información protohistórica y etnográfica a la que nos referimos sucintamente.

La información etnográfica

Los etnólogos consideran que son de origen norteño los dioses Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl, y sus hijos Tlatlahqui-Tezcatlipoca-Mixcóatl-Camaxtli, así como los ritos de espetado de cabezas (perforación del cráneo), el flechamiento en un bastidor de madera, el tzompantli, el sacrificio de ayuno y la perforación del septum, así como el águila y el jaguar como animales sagrados (Odena, 1990: 454-456). La mayoría de esos elementos se encuentran en la porción central y noroccidental de la Mesoamérica septentrional durante el Clásico, y se convierten posteriormente en parte de la ideología de la tradición tolteca-mexica. Podemos agregar que si Mixcóatl se presentó en el centro de México con sus cuatrocientos flecheros, ello sugiere que

dentro de la *chichimecatlalli*, a partir de los territorios de la cultura Chalchihuites en Zacatecas y Jalisco.

⁹ La presencia mesoamericana parece haber perdurado unos siglos más en los valles orientales de Durango, aislada hacia el sur después del repliegue Chalchihuites en el siglo IX, pero en contacto con el Complejo Aztatlán de la costa del Pacífico (Hers, 1995a; Kelley, 1986).

¹⁰ La doctora Guadalupe Mastache nos aclara (comunicación personal, 1996) que el término *tolteca* no debiera usarse sino hasta después de la aparición de estos chichimecas en Tula, Hidalgo. Sin embargo, como encontramos elementos toltecas en el norte en tiempos del Clásico, pensamos que el término es correcto, puesto que hablamos de algunos progenitores de los de Tula. En esta perspectiva, podríamos traducir, en nuestra terminología actual, *tolteca* como mesoamericano y *chichimeca* como norteño.

son estos tolteca-chichimecas los que introducen el arco y la flecha a la Mesoamérica Nuclear (Bernal, 1963:24). Coe (en Meggers y Evans, 1963: 39) precisa que tal arma aparece entre los mayas hacia 925-1125 d.C., en las culturas influidas por los toltecas.

En cuanto a la información histórica que se refiere al origen de los mexicas —los atlacachichimecas—, de acuerdo con algunas fuentes, se dice que eran verdaderos mesoamericanos antes de su peregrinación (Martínez Marín, 1965 y 1974). Es evidente que no sólo eran agricultores sino que también hacían pirámides (si hemos de tomar al pie de la letra la primera página del código respectivo)¹¹. En términos generales, fuentes indígenas antiguas y estudiosos actuales coinciden en reconocer el carácter civilizado, mesoamericano, de los pueblos norteros que hicieron intrusión en la Mesoamérica Nuclear desde el Epiclásico hasta el Postclásico Medio: Martínez Marín (1974), Manrique Castañeda (1977).

La información histórica

La fuente más esclarecedora acerca de esos colonizadores norteros, su carácter mesoamericano y su ir al norte y regresar al sur, se encuentra en Sahagún (León Portilla, 1974; Manrique Castañeda, 1977; López Austin, 1985). Recordemos que cuando el fraile se dirige a sus informantes, la reconquista de la *chichimecatlalli*, bajo el mando de los españoles, junto con sus aliados mesoamericanos del centro y del occidente, ya había dado grandes pasos, aunque por ese entonces la guerra chichimeca empezaba a causar severos estragos. En esas circunstancias los informantes de Sahagún habían tenido la oportunidad de comparar lo que decían la tradición y los códigos con el testimonio de los

que habían visto los vestigios de los templos y de las ciudades abandonadas siglos atrás por los chicomoztocenses, sus antepasados (por ejemplo las ruinas de los sitios de Tuitlán-La Quemada y del Teúl, conocidas desde la muy temprana entrada de Nuño de Guzmán en 1530).

Lograron así esclarecer las confusiones que, desde el abandono de la *chichimecatlalli* por sus antepasados varios siglos antes, habían opacado el recuerdo de las antiguas hazañas en el norte. En efecto, para el común de los mortales en el siglo XVI, y tal vez desde tiempo atrás, antes de la conquista, se reunía bajo un mismo término de chichimeca (y, en los códigos bajo una misma imagen de salvaje vestido de pieles) a los antepasados chicomoztocenses que habían colonizado y luego perdido el dilatado septentrión y los cazadores recolectores que durante medio milenio ocuparon el vacío dejado por el repliegue mesoamericano y que, en esa segunda mitad del siglo XVI, presentaban una decidida resistencia a la invasión de su territorio por parte de grupos sedentarios y urbanizados de todo tipo.

En la versión popular de los hechos, muy en boga en el siglo de la Conquista y aún ampliamente aceptada en nuestros días, esa confusión entre mesoamericanos norteros y cazadores recolectores norteros había llevado a considerar el Chicomoztoc como un lugar de origen por excelencia, punto de partida en el tiempo y en el espacio, de donde los pueblos salen como salvajes y, al llegar a su destino sureño, se transforman aceleradamente en civilizados. Es notable como aún en nuestros días sigue vigente uno de los aspectos más míticos de esa historia, la idea tan inverosímil de la metamorfosis en una o dos generaciones de pueblos cazadores recolectores a constructores de pirámides, idea tan contraria a lo que documenta la arqueología mundial sobre el imperceptible cambio que a lo largo de milenios lleva al modo de vida plenamente agrícola o a lo que nos informa la historia acerca de las contradicciones irreconciliables entre los grupos nómadas y los agricultores, cuando éstos se proponen sojuzgar a

¹¹ Según Kirchhoff (1961), esos atlacachichimecas procedían de la isla de Aztlán, ubicada en el cerro de Culiacán, al sur de Guanajuato, donde existen importantes construcciones prehispánicas. Para Wigberto Jiménez Moreno (1970), Aztlán ha de buscarse en tierras nayaritas y, por ende, arqueológicamente hablando, estaría relacionado con la expansión mesoamericana a lo largo del corredor costero formado por el llamado Complejo Aztatlán, durante el Postclásico Temprano y Medio.

los primeros, obligándolos a la vida sedentaria para explotarlos mejor.¹²

Por otra parte, al presentar a Chicomoztoc como la matriz de los pueblos norteños que llegaron a dominar el centro, como un nacimiento sin historia previa, la versión popular de los hechos fue creando una imagen reconfortante de un pasado oprobioso y doloroso, compartido por los diversos pueblos chicomoztoquenses: la pérdida de un inmenso territorio.

Ante la reconquista del septentrión, que significaba para muchos de sus contemporáneos la oportunidad de un mundo mejor por los privilegios de los cuales gozaban los que se iban al norte, los informantes de Sahagún han de haber tenido un interés particular para revisar lo que se sabía de su pasado, lo que habían significado para sus antepasados esas inmensas tierras chichimecas. Hurgaron en la historia y lograron esclarecer dos puntos fundamentales para el pasado de la *chichimecatlalli*. Por una parte, desmitificaron el Chicomoztoc como punto de partida, en el tiempo y en el espacio, para regresarle su calidad de santuario de alcance pan-regional y de simple etapa en un largo devenir. Daban así a la historia del mundo, al cual pertenecieron sus antepasados, una profundidad comparable a la del mundo de los españoles.

Por otra parte, distinguieron claramente los cazadores recolectores que dominaban el norte en ese entonces, de los antepasados que fueron a poblar el norte y luego se replegaron. Dichos antepasados tenían su lejano origen en el sur y finalmente regresaron ahí. Hoy en día, con base en los conocimientos que produjeron más de un siglo de trabajos arqueológicos, los especialistas en la historia antigua del norte llegamos a conclusiones similares que nos permiten reconsiderar una parte del texto de Sahagún, que a primera vista resultaba contraria a la verdad y excesivamente confusa.

Hemos de advertir que la interpretación de ese texto sigue siendo controvertida. Más allá de los aspectos míticos que acompañan ineludiblemente el relato histórico, consideramos que las coincidencias que presenta con los avances de la arqueología del norte, acerca de los dos aspectos fundamentales que acabamos de referir, así como sobre la serie de puntos particulares que expondremos a continuación, no son el producto del azar sino de una profunda reflexión e indagación. Otros se resisten a considerarlo como una fuente fidedigna de información por romper el límite temporal que comparte la mayoría de los testimonios históricos del centro del país. Más allá del Postclásico temprano, o a lo sumo del Epiclásico, el pasado se pierde en el mito. Al centro del debate, de modo implícito, se discute la existencia o no de un sistema de registro escritural en el mundo clásico, y en particular en la metrópoli teotihuacana.

Así, en su estudio del texto referido, Alfredo López Austin (1985: 327-333) refuta su valor documental acerca de migraciones anteriores a los tiempos toltecas, considerando fantasmagórica tan inusitada profundidad histórica y sospechoso un texto que sea “impugnador de versiones ampliamente reconocidas como verdades históricas”. Ahora, la arqueología permite reconocer que dichas “verdades históricas” en realidad fueron el fruto de la confluencia de la incomprensión hacia los cazadores recolectores por parte de pueblos que nunca lo fueron y el olvido de la gesta norteña de sus antepasados, olvido necesario para asimilar satisfactoriamente el fracaso en que había acabado la *chichimecatlalli* mesoamericana, siglos antes de la llegada de los españoles. En el siglo XVI esas “verdades” se vieron reforzadas por los prejuicios de los españoles hacia esos pueblos salvajes y por ende irreductibles del norte y por un desinterés en preservar la profundidad de la historia de los vencidos. En nuestros días, la vigencia de lo que podríamos considerar como la milagrosa metamorfosis chichimeca refleja la perpetuidad de la incomprensión y desinterés hacia el mundo tan ajeno al nuestro de los cazadores recolectores. Finalmente, cualquiera que haya sido el inte-

¹² Para múltiples ejemplos de esas relaciones, ver Hers, Mirafuentes, Soto y Vallebuena, 1998.

rés que guió la creación de ese texto, si se le considera como una manipulación sin valor documental para tan antiguo pasado, queda por resolver la perturbadora serie de coincidencias que ofrece con la arqueología. El debate sigue abierto.

El capítulo XXIX del libro décimo empieza, a decir verdad, por una aparente mentira: los toltecas fueron los primeros pobladores de esta tierra (Sahagún, *op. cit.*: 184). Para leer ese texto¹³ se requiere distinguir dos partes en ese capítulo. La primera es meramente etnográfica y la segunda es histórica, con algunas inserciones anacrónicas que cortan el hilo del pensamiento. En efecto, al final de la parte etnográfica, cuando se dispone a hablar de los mexicanos, el narrador se olvida de éstos y ofrece un relato acerca de un conjunto de pueblos y que, a pesar de su brevedad, remonta a un pasado muy lejano, marcado por cuatro grandes etapas separadas cada una por cambios drásticos.

Para la primera (*ibid.*, párrafos 107-110) se dan sólo algunos brochazos muy someros: una migración, la fundación de Tamoanchan y un primer corte abrupto en el devenir cultural: se retiran los sabios llevándose las pinturas que aludían a los ritos y a los oficios mecánicos.

Sólo quedaron cuatro de esos sabios y, gracias a ellos, Tamoachan no muere y alcanza su edad de oro (*ibid.*, párrafos 110-117).¹⁴ Por comparaciones con los datos arqueológicos, podemos inferir que esa etapa corresponde al Preclásico terminal y al principio de nuestra era (fase Tzacualli). En efecto, se nos precisa que los pobladores de Tamoanchan se desplazaban para acu-

dir a un santuario en el pueblo de Teotihuacan, donde se edificaron dos grandes monumentos, las pirámides del Sol y de la Luna.

Lo que se nos dice del final de esa etapa nos permite hacer otras comparaciones con los datos de la arqueología, esta vez de la del norte: al acabarse el poderío de Tamoanchan se reúnen sabios, señores y ancianos en Xomiltepec y ahí se decide ir a descubrir más tierras y se organizan migraciones formales con familias enteras. Los que van a colonizar el norte (como se precisa más adelante) pasan por Teotihuacan, donde se eligen los caudillos de cada grupo. Como ya anotamos, sabemos ahora que la gran expansión al norte ocurre cuando la Pirámide del Sol y la cueva abajo de ella han de haber sido el lugar sagrado más imponente y renombrado de Mesoamérica, y sus constructores estaban estrechamente relacionados con los pueblos del occidente (Noguera, 1935) que emprendieron en esa época la colonización del norte. Recordemos al respecto el estudio de Doris Heyden (1976) sobre dicha cueva, en el cual propone reconocer en este santuario al prototipo de Chicomoztoc, el que marcará la pauta para todos los futuros Chicomoztoc, aunque ninguno alcanzara su majestuosidad ni su irradiación.

La tercera etapa es la de la colonización del norte (Sahagún, *ibid.*, párrafo 127-128). El relato toma una perspectiva muy distinta a la que acostumbramos. En efecto, no se toma como centro la gran metrópoli teotihuacana del Clásico sino la *chichimecatlalli*, y ya no se menciona a Teotihuacan. Es una desconcertante perspectiva chichimeca o norteña de la historia del primer milenio. Son pocos los detalles que se dan, pero son reveladores para la arqueología. Entre los diversos pueblos que fueron a “descubrir nuevas tierras” se menciona a los otomíes como los primeros. Recordemos al respecto que la proposición que hiciera Wigberto Jiménez Moreno sobre una antigua presencia otomí, en la parte oriental del centro norte, aún es contemplada como hipótesis de trabajo por los estudiosos actuales de esa región (Crespo, en prensa).

¹³ Resumimos aquí ideas expresadas en otros trabajos. Véase, por ejemplo, Hers, 1988.

¹⁴ De los párrafos 118 a 125, el relato está recortado para tratar dos asuntos ajenos al hilo de los acontecimientos: se menciona una migración de los olmecas uixtotin procedente de Tamoanchan, y al mencionar ese pueblo, se prosigue haciendo una alusión a la salida de los toltecas de Tula (párrafo 119) y se acaba con un largo recuento del mito de la creación del pulque y de los malos hábitos de los huastecos.

Los toltecas¹⁵ son los que se fueron más al norte y se quedaron tanto tiempo que perdieron la cuenta de los años. Así lo precisan los informantes de Sahagún y, en efecto, como veremos más adelante, reconocemos en los materiales arqueológicos de la cultura Chalchihuites, de Zacatecas (y el extremo noreste de Jalisco) del primer milenio de nuestra era elementos distintivos de los tolteca-chichimecas que participaron al esplendor de Tula, cuando parte de ellos se replegaron al sur en el siglo IX, después de casi un milenio de presencia en el norte.

Es en esa parte del relato que los informantes de Sahagún se deslindan explícitamente de la visión popular de la historia y recalcan que Chicomoztoc no es un punto de partida, sino un santuario al cual acudían todas aquellas gentes que habían ido a poblar el *chichimecatlalli* (*ibid.*, párrafo 131). En tiempos de la Ilustración, los historiadores jesuitas propusieron reconocer al sitio hoy llamado La Quemada como Chicomoztoc y, en efecto, este sitio puede ser considerado como un santuario panregional, más allá de su función política y militar meramente local (Hers, 1998). Retomando la proposición de Doris Heyden acerca de la cueva de la Pirámide del Sol y dejándonos guiar por el relato de Sahagún, es muy probable que esos colonizadores mesoamericanos hayan fundado en el norte más de un santuario a la imagen de ese paradigmático lugar sagrado.

Los informantes de Sahagún no aportan más que silencio sobre las causas del abandono de la *chichimecatlalli*. Cada uno de los pueblos colonizadores del norte, todos los chicomoztoquenses, obedeciendo a la voluntad de los dioses, se retiran hacia el sur y el occidente: primero los toltecas que van a fundar Tulancingo y después Tula, y luego los michoaques y los diversos nahuas (tepanecas, acolhuaques, chalcas, tlaxcaltecas). Los mexicas, últimos en salir,

fueron a descubrir más tierras al poniente antes de ser los últimos en regresar al sur y fundar Tenochtitlan (*ibid.*, párrafos 129-135).

Conscientes de la confusión en que vivía la mayoría de la gente en cuanto a saber quiénes son los chichimecas, los informantes de Sahagún recapitulan distinguiendo entre los diversos pueblos civilizados que peregrinaron por “Teotlalpan, Tlacoachcalco, Mictlampan, que quiere decir campos llanos y espaciosos que están hacia el norte” y de allí volvieron (*ibid.*, párrafos 136 y 138); es decir, los mesoamericanos nortños (como los llamaríamos en nuestros días) y los chichimecas que en el siglo XVI habitaban esas tierras nortñas y que son las “gentes bárbaras que se sustentan de la caza que toman y no pueblan” (*ibid.*, párrafo 137). En la frase final (párrafo 138), se refieren de modo lapidario a los otros pueblos, “los que están hacia el nacimiento del sol, se nombran olmeca, uixtotin, nonoalca, y no se dicen chichimecas”, son los que no participaron de la conquista y pérdida de la gran *chichimecatlalli*.

La información arqueológica

Con esos elementos a la mano, nos referiremos a tres aspectos del legado de esas “familias [que] se llaman chichimecas, y aún de tal nombre se jactan y glorían... porque anduvieron peregrinando [por esas tierras chichimecas]... y de allí volvieron” (*ibid.*, párrafo 136):

- el legado de los toltecas que peregrinaron en tierras chichimecas de Zacatecas y luego fueron cofundadores de Tula;
- el de los pueblos mesoamericanos de Guanajuato y su presencia en Tula de Hidalgo;
- los chichimecas no-mesoamericanos y su imprevista en Mesoamérica.

Si bien las influencias del norte al sur (y viceversa) comienzan desde tiempos remotos, nos abocaremos en este trabajo a los tiempos del Clásico tardío o Epiclásico (600-900), cuando esas herencias, relaciones y presencias son muy claras (fig. 2).

¹⁵ Según ese relato, los toltecas tienen una historia mucho más antigua que la ciudad misma de Tula. Ya se llamaban así cuando salieron hacia el norte y, de esa manera, habrían dado su nombre a la ciudad de Tula, que fundaron cuando se replegaron al sur.

El legado de los tolteca-chichimecas de la cultura Chalchihuites de Zacatecas

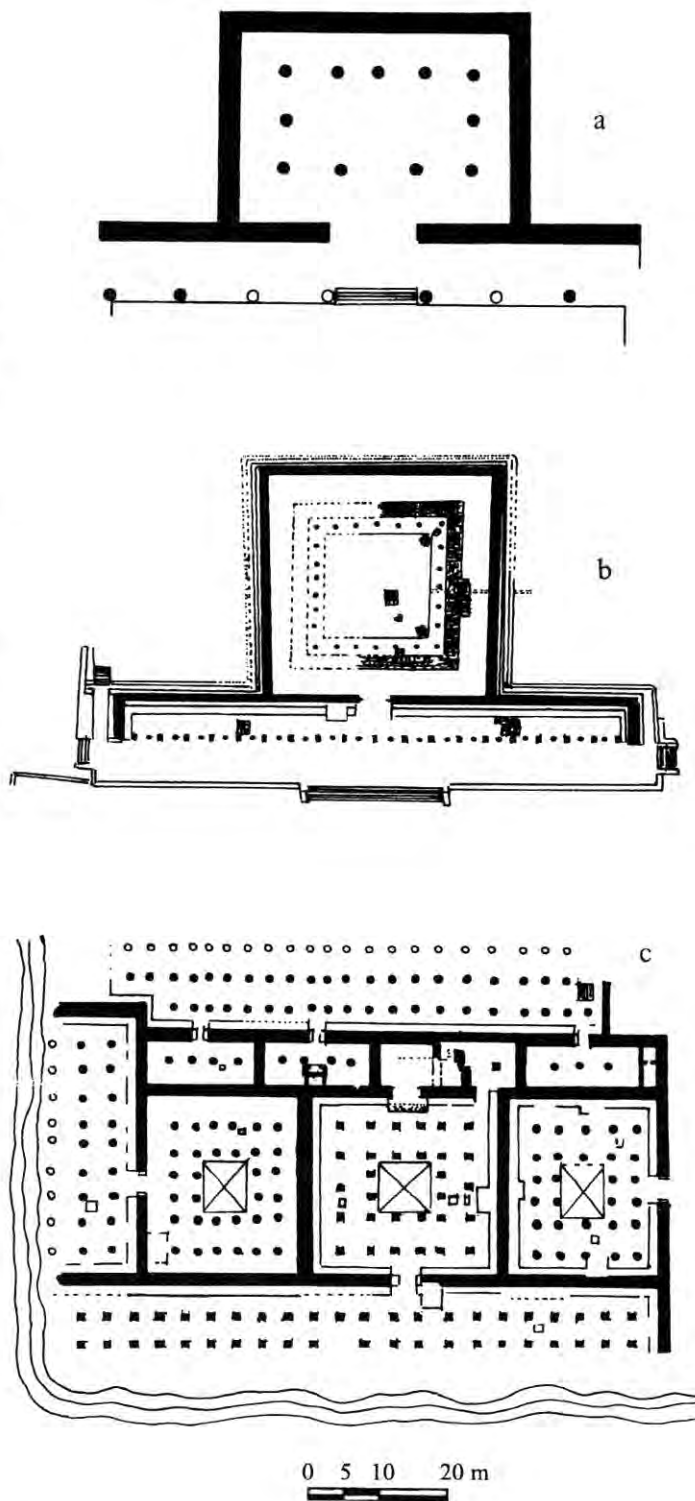
Dos de los grandes pioneros de los estudios del norte mesoamericano, Wigberto Jiménez Moreno (1959, p. 1052) y Pedro Armillas (1964), y el destacado estudioso del mundo náhuatl, Miguel León Portilla (*op. cit.*, 1974) han propuesto reconocer en La Quemada el sitio por excelencia de aquellos migrantes fundadores de Tula, los guerreros cazcanes identificados con los tolteca-chichimecas de Mixcóatl.¹⁶

Esa identificación se ve reforzada cuando se ubica el imponente sitio de La Quemada en el centro geográfico, político y cultural de lo que se ha llamado la cultura Chalchihuites (Hers, 1989 y 1998),¹⁷ la cual se desarrolló entre los siglos I y IX de nuestra era.¹⁸ Entre

¹⁶ Para abordar el tema de la filiación entre los herederos de los portadores de la cultura Chalchihuites y los pueblos nahuas de la Sierra Madre Occidental, ver Baus, 1996.

¹⁷ Por su ubicación sureña en el territorio Chalchihuites y por la irradiación que ha de haber tenido tan majestuoso centro ceremonial, no es de extrañar que se encuentren en el lugar objetos de otros ámbitos culturales como el Bajío y el valle de Atemajac, por ejemplo (Jiménez Betts, 1992). Sin embargo, a pesar de haber sido cuestionada por algunos, su plena pertenencia a la cultura Chalchihuites se ve reflejada con claridad en el patrón de asentamiento, la arquitectura, la cerámica y la iconografía, y se ve confirmada por el hecho de que en el museo del sitio la mayoría de las piezas exhibidas para ilustrar la historia del lugar proceden de otros sitios atribuidos a la cultura Chalchihuites y, en particular, Alta Vista.

¹⁸ Los trabajos llevados a cabo recientemente en este lugar y en el cercano asentamiento de Pilariillos por Ben Nelson (1990, 1993) han confirmado su posición en el Clásico y descartado definitivamente su fechamiento en el Postclásico como algunos lo habían propuesto anteriormente. Hemos de advertir, sin embargo, que dicho autor defiende el punto de vista de un desarrollo esencialmente



● Fig. 2 Ejemplos de las salas-claustros:
a: La Quemada (tomado de Guillemin Tarayre, 1867: fig 10)
b: Chichén Itzá (tomado de Ruppert, 1943: fig 1)
c: Tula (tomado de Acosta, 1964: plano 1)

los otros sitios y zonas de la cultura Chalchihuites mencionaremos, como ejemplos dónde se han realizado trabajos arqueológicos, al sur, el Cerro de las Ventanas, al norte Alta Vista, Montedehuma y Cruz de la Boquilla, y al oeste los pequeños poblados del alto Chapalagana en la zona de Huejuquilla el Alto y del Cerro del Huitle, adentro de la Sierra Madre Occidental.

En ese ámbito cultural se reconoce un conjunto de elementos que aparecen posteriormente en Tula, por lo que se ha propuesto reconocer en los portadores de esa cultura a los tolteca-chichimecas.¹⁹ Esos elementos pertenecen al campo de la arquitectura ceremonial, de la vida ritual ligada a la guerra, de la escultura y del comercio a larga distancia.

En resumen, se trata del siguiente conjunto de rasgos: la sala de las columnas o claustro *per se*, el pórtico antepuesto a un basamento piramidal, el *coatepantli*, el *tzompantli*, la imagen del *chac mool*, el motivo del águila devorando una serpiente, la turquesa, el cobre y la técnica pictórica del *cloisonné*.²⁰ La sala de las columnas y la pintura al *cloisonné* se remontan a la primera fase de desarrollo de la cultura Chalchihuites, la aún tan mal definida fase Canutillo, mientras que los otros elementos aparecen entre los siglos VI y IX.

En otra ocasión (Hers, 1995b) se ha presentado el conjunto de las informaciones de las cuales se disponen acerca de esa singular forma arquitectónica del claustro *per se*,²¹ es decir un

local de lo que llama la cultura Malpaso, a pesar de las fuertes similitudes ya señaladas con las otras regiones de la cultura Chalchihuites. También pregona la existencia de un estado original de cazadores recolectores, hasta ahora no documentado.

¹⁹ En su mayoría, esos elementos no se encuentran en Durango por lo que consideraremos aquí solamente la parte zacatecana de la cultura Chalchihuites.

²⁰ Para mayor información sobre la arquitectura Chalchihuites, el *tzompantli* y el *chac mool*, ver Hers (1989); para el *cloisonné*, ver Holien (1977) y Hers (1983); para el cobre, Hers (1990).

²¹ No hay que confundir la sala-claustro con su *impluvium* y las salas hipóstilas completamente techadas, por lo demás presentes también en esa cultura nortea como en varias otras mesoamericanas

amplio espacio cuadrangular encerrado en un alto muro, con un espacio central también cuadrangular, que se dejó sin techar a modo de amplio *impluvium* y, alrededor, un corredor aporricado (fig. 3). Se accede a ese espacio semitechado por medio de un pórtico que suele estar más ancho que la sala y formar con él, en planta, una T. La singularidad de ese tipo de construcciones es que ningún aposento interior se abre sobre el corredor (como es lo común en los claustros), de modo que el espacio así construido es apto para recibir y aislar del exterior a una asamblea relativamente importante de personas, y se presta eventualmente a procesiones, con la particularidad de que el espacio no está pensado para asegurar la comodidad de los convidados (los deja a merced del frío y en gran medida de la lluvia). De esa manera, los actos que se realizaban en su interior estaban presididos por el Sol, la Luna y las estrellas. Se trata de una arquitectura singular, determinada por las exigencias de una liturgia muy particular.

En lugares como Montehuma, Alta Vista y La Quemada, ese tipo de espacio ceremonial destaca sobremedida por sus amplias dimensiones y su ubicación privilegiada, del mismo modo que las construcciones similares que caracterizan la arquitectura ceremonial de Tula, con el Palacio Quemado formado por tres de esos claustros contiguos, así como el mal llamado Mercado de Chichén Itzá y su docena de claustros similares (Ruppert, 1943 y 1952; Tozzer, 1957).

En Alta Vista, asociados al Salón de las Columnas, se han encontrado otros dos elementos arquitectónicos ligados a ese mismo complejo mítico-ritual: el pórtico al frente de la pirámide y el *coatepantli*. En el mismo patio hundido que el Salón de las Columnas se levantó una pequeña pirámide, flanqueada a cada lado por un cuarto. Vistas desde el centro del patio, esas tres construcciones —así como las otras construcciones distribuidas alrededor del patio— quedaban parcialmente escondidas tras los pórticos que se extendían encima de las ban-

D.C.			Mesoamérica nuclear	La Chichimecatlalli								
			Mesoamericana				No mesoamericana					
	Postclásico	Temprano	Zacatecas	Guanajuato			Querétaro	S.L.P.	Hohokam	Mogellón C. Grandes		
1500	tardío						El Cerrito	V. de Reyes	Clásico Soho Cívano	P. Medio	Paquimé	
1200								Fase Reyes		Sedentario	Periodo Viejo	Convento
1100		F. Tollan		Repliegue. Presencia de Tula	Morales	Cañada de La Virgen	Fase Cerrito					
1000		Corral t.				Carabino						
900	Clásico								Colonial	Periodo Viejo	Convento	
800			Corral	Desarrollo regional	¿Fase? Tierra Blanca?	S	Fase Arado	Fase Valle de SL				Pionero
700			Prado									
600		La Mesa										
500		(Chingú)										
400			Canutillo									
300	Formativo								Red. Mt.	Periodo Viejo	Convento	
200												
100												
1		Terminal										
100			(Tepeji)	Tradicción Chupicuaro	Fase San Miguel-MO4			Fase S. Juan				
600					Fase Morales							
A.C.			1	2	3	4	5	6	7	8	9	10

● Fig. 3 Cuadro cronológico. Bibliografía de la secuencia cronológica: 1. Mastache *et al.*, 1990; 2. Hers, 1989; 3. Castañeda *et al.*, 1988; 4. Braniff, 1996a y 1997a; 5. Nieto, comunicación personal, 1998; 6. Braniff, 1972; 7. Crespo, 1996; 8. Braniff, 1992; 9. Dean, 1992; 10. Dean y Ravesloot, 1993

quetas en los cuatro lados de la plaza (Kelley, 1976). Esa combinación peculiar de pórtico y pirámide es singular porque, tradicionalmente, la pirámide requiere de un amplio espacio vacío a su alrededor para cumplir cabalmente su función ritual y estética de aislar y enaltecer el templo que sostiene en su cumbre. En este caso, dicho templo (visto desde el patio) ha de haber parecido más bien como un segundo piso del pórtico. Esa sorprendente y aparentemente contradictoria combinación se encuentra en el Templo de Tlahuizcalpantecuhtli de Tula y en el Templo de los Guerreros de Chichén Itzá.

Atrás de esa pequeña y singular pirámide corren dos muros bajos convergentes, formados

por una sucesión de elementos escalonados (18 de un lado y 20 del otro). No parecen haber tenido una función práctica sino corresponder a una necesidad del simbolismo litúrgico. Charles Kelley (*ibid.*) lo interpretó como un *coatepantli*.

Junto con esas tres singulares formas arquitectónicas encontramos —en el territorio de la cultura Chalchihuites— otros dos elementos esenciales, propios del ritual político-religioso tolteca: el *tzompantli* y el *chac mool*.

El *tzompantli*, manejo comunitario de los trofeos humanos de los guerreros, expresión concreta de un discurso religioso según el cual una comunidad pretende participar en la perpetua-

ción del universo, suele asociarse a centros de poder político expansionista y militarista. Sin embargo, en el caso de la cultura Chalchihuites, además de estar presentes en La Quemada y en Alta Vista, también se hallaron en un asentamiento tan modesto como el pequeño poblado del Cerro del Huistle (seis tzompantlis en los dos patios ceremoniales de un pequeño asentamiento de dos hectáreas), por lo que podemos considerarlo como un manejo de la violencia entre aldeanos guerreros-agricultores, encauzada por la religión, a modo de la guerra florida similar a la practicada por pueblos de la Sierra Madre Occidental hasta la época colonial. Al respecto, hay que destacar que la importancia de los dispositivos defensivos en el patrón de asentamiento de esa cultura refleja el papel preponderante que ha de haber desempeñado el guerrero entre esos grupos, que se instalaron a lo largo del flanco este de la Sierra Madre Occidental, a diferencia de lo que pasó con la mayoría de sus coterráneos mesoamericanos de la *chichimecatlalli*.

Son empalizadas de las cuales se suspendían las cabezas (por una perforación en el vértex) y se amarraban segmentos corporales (como caderas y piernas). Se encuentran al pie de las banquetas en los patios hundidos, adentro de los templos, en sus flancos y en sus fachadas. Restos de dichas empalizadas fueron sepultados para dar lugar a nuevas piezas. Por tratarse mayoritariamente de cabezas meso- y braquicéfalas con deformación tabular erecta, parecen ser trofeos reunidos en acciones guerreras sostenidas entre mesoamericanos mismos.

En los sitios mencionados, los tzompantlis se ubican entre el siglo VI y IX, con algunos indicios en el Cerro del Huistle de un posible antecedente entre 300 y 550 d.C. (Hers, 1989: 97). Representaciones de tzompantlis similares se encuentran en Chichén Itzá y en Tula, con la posibilidad, en ambos casos, de que la amplia plataforma con planta en T que se encuentra en la plaza principal de cada uno de esos dos sitios haya sido, además, la base de tzompantlis reales.

En Xochicalco, en el pórtico I-4, se ha encontrado algo similar que se fecha hacia 900, y se han subrayado —por parte de los estudiosos de ese sitio— las similitudes que marca ese conjunto con los de La Quemada y del Huistle (Garza Gómez, 1994; Pijoan y Mansilla, 1990). Aparte de esa semejanza en cuanto a tratamiento de trofeos humanos expuestos, señalemos la presencia en Xochicalco y en La Quemada de grandes calzadas que irradian de los sitios. Es difícil, sin embargo, ponderar por ahora el significado que puedan tener esas similitudes entre los dos sitios. Por otra parte, recordemos que los tzompantlis mexicas más tardíos se diferencian por tener la perforación en las sienes.²²

El lado poniente del patio hundido del Cerro del Huistle (Plaza I) estaba cerrado por un pórtico que llevaba a un amplio edificio de adobes con la fachada decorada de una serie de cabezas humanas. Al sur, la erosión acabó con los vestigios de las superestructuras que existieron pero se conservó el largo tzompantli (este tzompantli que se levantaba al pie de la banqueta se derrumbó sobre el piso de la plaza cuando ésta se incendió y quedó abandonada en el siglo noveno). Al centro, el altar conservaba en su interior un gran cuchillo de obsidiana que nos evoca las imágenes sagradas de los cazcanes del siglo XVI. Entre las otras construcciones, en medio de la banqueta oriental, una pequeña escalinata llevaba a un templo de dimensiones modestas, apenas más grande (6 m por lado) que una casa habitacional cuadrangular común. Abajo de la escalera, se habían depositado en ofrenda dos cráneos que, por su perforación en el vértex, atestiguan haber sido expuestos anteriormente en un tzompantli.

²² En el sitio de La Coyotera, en la Cañada de Cuicatlán en Oaxaca, se reporta la presencia de un tzompantli con perforaciones en las sienes al estilo de los mexicas que dataría del principio de la era. Sin embargo, al revisar los datos que se proporcionan sobre la posición cronológica del hallazgo así como su naturaleza, resalta su insuficiencia y la fuerte posibilidad de que ese conjunto no date de la conquista zapoteca de la región sino de la mexica, milenio y medio después (Hopkins 1983), y de que no se trate quizá de un tzompantli, porque de los 61 cráneos mencionados solamente dos fueron quizá perforados, sin que se precise el tipo de perforación ni el estado de los otros 59 cráneos: Spencer, 1982: 71, 75, 78 y 236.

Encima de la banqueta, dos empalizadas con cráneos suspendidos flanqueaban la construcción. A la entrada del templo, dos esculturas muy burdas evocaban uno de los ritos más importantes que se desarrollaban en tan bélico espacio sagrado: un rito de posesión en el cual un personaje pitoniso con la mirada al cielo transmitía por su boca las palabras de la divinidad. Es así por lo que se podrían reconocer esas obras que sugieren la postura de un ser humano acostado sobre la espalda, las piernas dobladas, los brazos pegados al pecho, la cabeza erguida hacia arriba y la boca abierta. Por su posición cronológica, serían imágenes primitivas de un motivo escultórico tan propio del ritual tolteca: el *chac mool*, mensajero del dios, cargador de las ofrendas, hombre-dios por excelencia.

Desde los inicios de esa cultura, sobre diversos tipos de objetos y, en particular sobre la cerámica, se desarrolló una técnica pictórica propia del Clásico en el Occidente y vehículo muy apropiado para transmitir imágenes de gran precisión en cuanto al trazo y de una amplia gama de colores: el llamado *cloisonné* que, en el Centro, aparece primeramente en Tula. Entre los múltiples motivos que recubren esas obras tan frágiles destaca el motivo del águila devorando una serpiente. Aparece en el interior de una serie de copas que formaban parte de un singular conjunto funerario depositado en la Sala de las Columnas de Alta Vista (Holien y Pickering, 1978; Flores Olague *et al.*, 1995: 29, 36). Es notable que se trate de uno de los pocos motivos que se hayan transmitido en tierras sureñas, entre los que conformaban el peculiar *corpus* iconográfico Chalchihuites.

Como se podrá constatar, la serie de elementos presentados consiste en un conjunto coherente de manifestaciones relacionadas con la guerra, con los ritos de asambleas de guerreros, con la parafernalia de un poder político y religioso que enaltecía los valores del hombre de guerra. Y la aparición de cada uno de esos elementos en Tula cuando se consolida esa ciudad-Estado nos permite inferir que conformaron el legado de inmigrantes originarios de la comarca norteña del

actual estado de Zacatecas, los tolteca-chichimecas que, a todas luces, participaron con creces en el poder político y religioso de tan pujante y afamada entidad política. Introdujeron ese mismo discurso de una liturgia guerrera en la lejana Chichén Itzá. Hasta El Salvador, la primera oleada migratoria pipil que se manifiesta en los sitios de Cihuatán y Santa María dejó, entre otros elementos toltecas, la imagen del *chac mool* (Fowler, 1989: 94).

Aparte de ese conjunto de elementos, hemos de notar entre el mobiliario de esos tolteca-chichimecas, a partir del siglo VI, el uso abundante de dos piedras verdes, la turquesa y la amazonita, petrográficamente sin relación entre sí pero usadas indiferentemente por esos norteños que introdujeron su uso en Tula, junto con el del cobre, que se conoció en la cultura Chalchihuites desde los siglos VII u VIII por medio del comercio con la costa nayarita. Podemos inferir de eso que no sólo trajeron consigo maneras de pensar, de gobernar, de guerrear y de orar, sino también el conocimiento de nuevas técnicas y, sobre todo, el conocimiento de un dilatado espacio geográfico desconocido hasta ese entonces por los pueblos del Centro y cruzado por rutas comerciales que llevaban a tierras tan alejadas como el llamado Suroeste.²³ Se hace patente así que su presencia en el Centro ha de haber sido decisiva en la expansión tardía hacia el extremo noroeste del ya mencionado Complejo Aztatlán, que conformó la ruta hacia el llamado Suroeste vigente todavía al principio de la Conquista, cuando la del Centro había sido cancelada desde siglos atrás.

²³ La ruta de la turquesa que habría unido Teotihuacan y Nuevo México vía la avanzada Chalchihuites y Paquimé, ha sido ampliamente retomada por diversos autores. Es necesario, sin embargo, recordar algunos de los problemas que presenta: la ausencia de la turquesa en Teotihuacan (salvo la famosa máscara con mosaicos originaria de Guerrero), el escaso uso de ella en el Suroeste antes del apogeo del Cañón de Chaco en lo que sería el Postclásico temprano mesoamericano, mientras que en el territorio Chalchihuites fluye con abundancia entre el siglo VI y IX, su gran escasez en los sitios Chalchihuites del estado de Durango, la posición tardía de Paquimé en el Postclásico tardío y, por último, la confusión por parte de los arqueólogos entre la turquesa y la amazonita.

Los toltecachichimecas de Guanajuato²⁴ y sus legados a Tula

La mayoría de los investigadores reconocen que durante el Clásico se dio un importante desarrollo regional, y que hacia 900 d.C. existió un tiempo de despoblamiento generalizado (Castañeda *et al.*, 1988: 327; Viramontes, 1996: 24). Pero, curiosamente, hacia las mismas fechas se inicia una infiltración tolteca procedente ahora de la Tula de Hidalgo —fase Tollan—, ubicada específicamente en una ruta que parte del muy importante sitio de El Cerrito, Querétaro (Crespo, 1996: 87) y que sigue a grandes zancadas por el oriente de Guanajuato hasta llegar al sitio de Carabino, y de allí al sitio de Villa de Reyes, en el altiplano potosino (Braniff, 1992; Crespo, 1976).

Se reconocen igualmente otros dos tiempos de despoblamiento que se inician hacia 1150-1200 d.C. y que coinciden con el desmembramiento de la capital tolteca. Finalmente, en una última expansión se da una presencia tarasca a finales del Potsclásico tardío distribuida en el sur del estado (Brambila, 1995: 322, fig. 4).

En cuanto a los materiales arqueológicos, después de la emergencia de la tradición Chupícuaro y durante el Clásico, alrededor de 300 y 900 d.C., si bien se siguieron utilizando aquellas construcciones con patios hundidos, a veces asociados a plataformas piramidales (Cárdenas, *op. cit.*), la cerámica ahora utilizada es diferente a la anterior, y podemos organizarla en tres estilos básicos: uno muy característico, común y doméstico llamado Blanco Levantado; otro decorado en rojo sobre café (o rojo sobre bayo), y otro de color gris café con esgrafiado externo cuyo nombre genérico es “Garita”, que es más elaborado. Uno más es similar en esencia al Blanco Levantado, pero está decorado en negro sobre naranja.

²⁴ Algunos autores emplean el término “Bajío” para incluir zonas serranas y otras que no están precisamente en el llamado Bajío así definido por los geógrafos y geólogos. Es más, si seguimos esa definición, al parecer no existen sitios prehispánicos en ese valle (Braniff, 1997b).

Cada región o sitio parece tener sus propios tipos, que son variantes de estos tres estilos básicos, variantes que incluyen formas diferentes y diseños que se parecen.²⁵

Hablemos ahora en forma más detallada de algunos elementos que nos pueden servir para elaborar nuestras propuestas, herencias y presencias norteñas en la Mesoamérica Nuclear, que en este caso se refieren sobre todo a la región de Tula, en Hidalgo. Estas presencias se basan en las cerámicas domésticas y en la lítica, que están presentes en el Clásico en la región norteña, y que aparecen en Tula durante el Epi- y Postclásico temprano. Otros elementos norteños que se heredan al sur son las pipas de barro y quizá los incensarios con mango y la imagen de Tezcatlipoca.

La cerámica: El Blanco Levantado

Este estilo de cerámica doméstico (ollas para cocinar y almacenar) se distribuye en una gran porción de Guanajuato, pero disminuye hacia el sur del Bajío, y ya no se encuentra al sureste del río Laja, ni en la cuenca del río Huimilpan, ni en San Juan del Río, Querétaro. En las excavaciones en El Cerrito, Querétaro, este tipo se localiza primeramente en una fase del Clásico, y luego en otra fechada entre 700 y 1100 d.C., donde aparece con un nuevo diseño específico (una especie de cordel que se añade sobre el borde acampanado de las ollas) y está asociado a elementos escultóricos y cerámicos de origen tolteca, de la fase Corral Terminal (900-950 d.C.) y de la fase Tollan (950-1150 d.C.) (Crespo, 1996: 82-87). Las fechas más antiguas (700 d.C.) de esta fase sugieren que el origen de esta nueva decoración y forma está en Guanajuato y no en Tula.

Esta secuencia es parecida a la que se da en el sitio de Morales (cerca de Comonfort), donde

²⁵ Se requiere hacer un estudio acucioso del desarrollo estilístico y formal de estos tipos, así como de su distribución geográfica, para así reconocer su génesis e interrelación, ya que es evidente que estos tipos si bien debieron proceder de un tronco común, igualmente debieron haber cambiado regional y temporalmente a través de por lo menos 600 años.

hay variedad de vasijas decoradas al Blanco Levantado en la llamada fase San Miguel, que se ubica dentro del Clásico temprano. Luego, en la siguiente interfase y la propuesta fase Tierra Blanca²⁶ aparece tal diseño del “cordel” sobre el borde de la olla, pero aquí no existe la asociación con materiales de Tula, de lo que se infiere que es anterior a 900 d.C. (Braniff, 1997a).

A su vez, los arqueólogos que trabajan en la región de Tula, Hidalgo, reconocen al Blanco Levantado como intruso, sobre todo en la fase Tollan (950-1150 d.C.), donde aparece con aquel “cordel” y forma acampanada de la boca (Mastache *et al.*, 1990: 22; Cobean, 1990: 449) lo que ratifica que aquellos diseños son una elaboración guanajuatense anterior a su presencia en Tula. Sin embargo, debe aceptarse que debieron existir sitios en Guanajuato —contemporáneos a Tula— que siguieron surtiendo ese material a la metrópoli. Uno de estos sitios es quizá El Cerrito, ya mencionado, y otro es Cañada de la Virgen, Guanajuato, que tiene fechamientos equiparables a los de la fase Tollan, de 1029 ± 40 d.C. (Luis Felipe Nieto, Comunicación personal, 1997) lo que sugiere que estas tierras norteñas fueron parte de la provincia noroeste del “imperio” tolteca, como lo ha sugerido el mismo Nieto (1989). Desafortunadamente, no conocemos cuáles materiales cerámicos se asocian a estas fechas. Si no aparecen allí los materiales intrusivos de Tula (como aparecen en El Cerrito, en Carabino y en Villa de Reyes), ello nos sugeriría otras interpretaciones, como el que la presencia de Tula en la entidad no fuera generalizada sino sólo local, de lo que se podría inferir que sitios como Tierra Blanca fueran más tardíos, y no del Epiclásico como lo hemos sugerido.

El Negro sobre Naranja

Este estilo —que se distribuye al poniente de la entidad guanajuatense (Crespo, 1996: 77)—

ocupa una posición cronológica entre 750 a 1200 d.C. (Saint Charles, 1990: 83) e igualmente aparece en Tula como intrusivo y en muy poca cantidad; algunos tiestos en la fase Corral Terminal y la mayoría en la Tollan (Cobean, 1990: 463-470).

Como esta vajilla y el Blanco Levantado son cerámicas domésticas, podrían representar (en la fase Tollan de Tula) la llegada de un “pueblo” norteño.

El Rojo sobre Bayo

Un problema especial lo constituye el estilo decorado en esos colores que, como hemos comentado, aparece comúnmente en la entidad durante el Clásico pero en distintas variedades de formas y decoración, y que no he podido organizar de manera congruente. Por consiguiente, sólo me referiré a la secuencia que se da en el sitio de Morales, ya mencionado.

En la fase San Miguel, el tipo San Miguel Rojo sobre Bayo está constituido por platos y escudillas con base anular corta, que llevan diseños de líneas paralelas y pequeños ganchos que se organizan a partir de una X. En la propuesta y siguiente Fase Tierra Blanca, las escudillas han desaparecido y los diseños del Rojo sobre Bayo llevan otra simetría, si bien se continúan utilizando los mismos diseños de líneas paralelas y ganchos (Braniff, 1997a).

Mastache *et al.* (1990: 21) reconocen que esta cerámica es afín a los varios tipos llamados Coyotlatelco de la región de Tula, que comienzan a aparecer tempranamente en la fase La Mesa (600 d.C.) (cuando todavía sobrevivía Teotihuacan en su último tiempo) y después, en las fases Prado y Corral (700-900 d.C.) de Tula. Sin embargo, como en estos tiempos aún no aparece en Tula el Blanco Levantado, sugieren que estas cerámicas, si bien proceden del “Bajío”, deben provenir de alguna región donde no exista el mencionado Blanco Levantado (¿Querétaro?). Pero podríamos argumentar que este tipo tiene una función diferente al de las gran-

²⁶ Esta supuesta fase está construida por materiales de saqueo, por lo que su ubicación temporal está sólo sugerida (Braniff, 1997a).

des ollas del Blanco Levantado y del Negro sobre Naranja, y que quizá represente otra sección de la población.

El Gris-Café Esgrafiado-Garita

Como sucede con las otras vajillas de Guanajuato, existen varios tipos que deben estudiarse formal, regional y temporalmente, pues se encuentran distribuidos a lo largo del Clásico. En la secuencia de Morales y en la fase San Miguel, en el tipo correspondiente, los diseños tienen una interesante similitud con el tipo de Tula, llamado "Clara Luz Black Incised" de la fase Prado (Braniff, 1997a; Cobean, 1990: 104-118) pero en Tula las formas son distintas. Por otro lado hay que reconocer que, durante el Clásico en las regiones septentrionales, desde la Sierra de Tamaulipas hasta Zacatecas, así como en la Huasteca y Teotihuacan, se utilizaron varios tipos de escudillas Gris-Café decoradas con esgrafiado externo que habría que estudiar con mayor precisión, para conocer si están relacionadas o no.

Incensarios con mango y pipas de barro

Otros tipos interesantes que aparecen en muy poca cantidad en la fase San Miguel de Morales son tiestos de incensarios con mango. Ejemplos completos de éstos existen en la colección de la propuesta Fase Tierra Blanca, que son muy similares a los que están en Tula en la fase Tollan (Cobean, 1990: 457). Otro interesante elemento que existe en la propuesta fase Tierra Blanca es la pipa de barro, muy elegante por cierto, decorada en general con figuras de aves y camaleones. Recordemos que la pipa es anterior en el Altiplano Potosino. A mi saber, la pipa de barro en Tula (y en el resto de Mesoamérica Nuclear) sólo se da hasta el Postclásico, por lo que el arte de fumar así es otro de los legados chichimecas.

Urnas antropomorfas

Curiosas urnas antropomorfas policromas, que llevan una banda negra horizontal sobre los

ojos y de oreja a oreja, recuerdan a la imagen de Tezcatlipoca y a la de los varios "chichimecas" que aparecen en los códices y que llevan dicha banda sobre los ojos, o por debajo de ellos.

Cloisonné

La decoración al cloisonné está presente en la fase Tierra Blanca, y también lo está en la fase Tollan de Tula, pero, como vimos, es más antigua en Jalisco y Zacatecas.

Artefactos líticos

Regresando a la región de Tula, y en tiempos del Epiclásico, los investigadores reconocen como norteños a ciertos artefactos hechos en riolita y basalto (Mastache y Cobean, 1990: 7, 21; Soto y Braniff, en preparación). El carácter doméstico y tradicional de estos artefactos, sugiere asimismo que esta gente norteña estaba físicamente presente en la región de Tula, pero también consideraremos que hay otras regiones norteñas donde existen tradiciones líticas que utilizan la riolita y el basalto en gran medida, siendo este el material abundante en la región.

Por último, los arqueólogos de Tula anotan la presencia de edificaciones con patio hundido en esa ciudad (Mastache, comunicación personal, 1998).

Todos estos argumentos nos verifican una presencia de grupos procedentes del "Bajío" a partir del 600 d.C. en la región de Tula, estableciéndose de modo definitivo como "pueblo" en la propia Tula, durante la fase Tollan, si no es que un poco antes. Llevaron cerámicas domésticas, el arte de fumar, el arco y la flecha y tal vez ideologías chichimecas relacionadas con Tezcatlipoca. Es también aceptable el que los remanentes de las poblaciones del Clásico (¿teotihuacanas?) del centro del país hayan contribuido con sus diversos estilos (cerámicos, ideológicos, arquitectónicos) a la conformación de la nueva tradición tolteca, mezclándose con los elementos chichimecas ya mencionados. Las

figurillas que aparecen en esos tiempos del Epiclásico (Rattray, 1966) y luego en el Postclásico, parecen ser una combinación de estilos teotihuacanos con los estilos planos y burdos de Guanajuato. Es una lástima que no se publiquen las figurillas de estas regiones septentrionales, ni tampoco las procedentes de las recientes excavaciones en la región de Tula, lo que nos daría más información acerca de estas relaciones.

Los chichimecas no mesoamericanos y su impronta en la Mesoamérica Nuclear

Para definir qué es lo no-mesoamericano, debiéramos inicialmente proponer lo que sí lo es, no sólo en sus regiones más avanzadas o especiales (como lo hizo Kirchhoff en 1943), sino en todas sus subáreas y sus fronteras. Basándonos en la relación ecológica entre la oscilación de las fronteras mesoamericanas y los patrones de lluvia y vegetación (Braniff, 1989a)²⁷ sugerimos que Mesoamérica es una área cultural donde existen pueblos asentados cuya base de subsistencia es la agricultura de temporal;²⁸ de aquí que algunos elementos (arqueológicos) diagnósticos serán las habitaciones permanentes,

²⁷ Si bien existe una concordancia entre las fronteras culturales y las pautas (modernas) de vegetación y lluvia, no se descartan los factores políticos, cuyos problemas particulares están muchas veces relacionados con problemas económico-ecológicos. La proposición de Armillas (1969) sobre la relación de la calda de Tula y problemas climáticos, estaría muy de acuerdo con esa relación política-económica-ecológica. Sin embargo, falta saber si ese abandono de las regiones septentrionales hacia 900-1000 d. C. se debió asimismo a problemas ecológicos y/o a profundas transformaciones sociopolíticas en el centro y en el norte.

²⁸ Mientras la frontera de la Mesoamérica septentrional en su porción central y nororiental es bien clara (colinda con el desierto de Chihuahua y con zonas xerofitas: Jaeger, 1957 y Rzedowski, 1978); hacia el noroeste y a lo largo de la Sierra Madre se extienden patrones de lluvia y vegetación que permiten hasta cierto punto el cultivo temporalero. Esta región además, muestra contactos entre las culturas mesoamericanas de Sinaloa (y tal vez de Durango) y las culturas agrícolas vecinas (Álvarez, 1985), por lo que en esta región la "frontera" es concebida como una amplia banda de interacción cultural. Para tiempos históricos, Hinton (1979) reconoce que existe allí esa misma composición de elementos norteros y sureños. Es interesante mencionar que las primeras entradas de los españoles hacia el norte fueron precisamente por la región costera donde existieron caminos muy andados en tiempos prehispánicos.

la evidencia de cultivo y la localización en regiones donde exista suficiente lluvia temporalera.

Podríamos agregar a esta lista la presencia de los símbolos religiosos asociados a las relaciones de fondo económico y político de los que nos hablan López Austin (1996) y Niederberger (1987: 751-752). Estos símbolos debieron cambiar en el tiempo y pueden ser, entre otros a partir del Clásico, el juego de pelota, la plataforma piramidal, la simetría biaxial que se expresa en la arquitectura y a veces en la cerámica y, a partir del Formativo Terminal, los diseños en la cerámica de la *xicalcolhuiqui* o greca escalonada, la pirámide escalonada, los diseños de ranas, aves, lagartijas, perros, entre otros motivos, que se originan en ciertos sitios de la tradición de Chupícuaro. Algunos de éstos llegan a Zacatecas y a Arizona (Braniff, 1972; Carot, 1994; Kelley, 1966).

De acuerdo con esta definición, las regiones no-mesoamericanas no incluirán como propios los elementos antes mencionados. Los arqueólogos del llamado "Suroeste", en el extremo noroeste de la Gran Chichimeca, han reconocido allí una infinidad de objetos mesoamericanos, tanto materiales como ideológicos, muchos de los cuales son en efectivo símbolos religiosos pero asociados al poder (véanse entre otros, a Haury, 1976, parte 7; Di Peso, 1974, vol. 3: 301-309, 548-569 y 657 notas; Braniff, 1998).

Estas presencias podrían interpretarse utilizando modelos como los de Sistemas Mundiales (Wallerstein, 1974). Sin embargo y a pesar de esta inequívoca presencia mesoamericana, que puede interpretarse como una acción de explotación por parte de las varias "metrópolis" mesoamericanas, que llega a su clímax en el Postclásico temprano, fuera de la exportación de la turquesa de la cual hemos hablado, no se registra ningún otro elemento nortero, salvo un ejemplo de concha de abulón (*Haliotis* sp.), molusco que sólo se encuentra en las costas del Pacífico más al norte del paralelo 26°N (Di Peso *et al.*, 1974, vol. 8: 165) y que ha sido

registrado en Tula, fase Tollan (Suárez, 1990). Varios especímenes del molusco *Laevicardium elatum*, cuya distribución natural se encuentra en el Mar de Cortés, han sido reportados para Durango (sitio La Ferrería-Schroeder) y Zacatecas (La Cofradía y Potrero de Calichal) (Branniff, 1989b).

Dos importantes artefactos norteños, que son de otra categoría y que implican otro tipo de inferencias, son el hacha ranurada y el arco y la flecha. El primero tiene su origen en las culturas Arcaicas y Hopewell del este de los Estados Unidos y posteriormente llegan a la región Hohokam en Arizona. Existen en todo el Occidente de México y en las regiones septentrionales en tiempos del Clásico (Di Peso *et al.*, 1974, vol. 7: 59-85), pero no penetran a la Mesoamérica Nuclear (excepción hecha de un único espécimen encontrado en Tlatilco, Estado de México).

El arco y la flecha presentan un problema especial. Aparece en Norteamérica hacia principios de nuestra era, y en la Gran Chichimeca (Nuevo México) hacia 700 d.C. y en Paquimé (Chihuahua) hacia 900-950 d.C. (Di Peso, 1974: 174). Como ya lo comentamos, el legendario Mixcóatl (Postclásico temprano) es el primero en utilizar esta arma extraordinaria en Mesoamérica.

A la desaparición de la marca septentrional mesoamericana, después de 900-1200 d.C., esa región fue ocupada por gente recolectora cazadora que describe Kirchhoff (1943b). Éstos son los verdaderos o teo-chichimecas conocidos en el siglo XVI. Según el autor, algunos de ellos conservaban varios elementos mesoamericanos —como el uso del juego de pelota, del teponaztlí y del pulque y agregaremos el uso del espejo de cintura (Sahagún, *op. cit.*, libro X, cap. XXIX)—. Muy poco se ha hecho en relación a la arqueología de esos tiempos en esa zona, destacándose Viramontes (1996) para Querétaro y Rodríguez (1985: 156, 197) para San Luis Potosí.

Para esos mismos tiempos posteriores a 900 d.C., las interacciones entre la Mesoamérica Nuclear y los grupos sedentarios de la Gran Chichimeca se dieron a través del Occidente mexicano. Éste fue un tiempo, como señalamos, de gran auge comercial, que se inicia en tiempos toltecas y que proseguiría hasta el siglo XVI. Paquimé o Casas Grandes, Chihuahua (entre 1200 y 1450 d.C.), aun cuando mantiene su propia identidad cultural no mesoamericana, contiene varios elementos de tipo religioso-político que son evidencias de una presencia mesoamericana de tipo comercial, siendo uno de los materiales prioritarios la turquesa, que aparece en Mesoamérica en profusión, a partir de esas fechas (Weigand, 1997).

A pesar de que la colonización española en aquellos territorios norteños tardó muchos años en llegar, para entonces habían sido ya destruidas las comunicaciones (comerciales, políticas e ideológicas) hacia el sur, y también se había iniciado la destrucción de los indígenas en razón de las enfermedades que llegaron antes que los propios enemigos (Reff, 1985).

Conclusiones

La irrupción de Mixcóatl y sus cuatrocientos flecheros al centro de México reportada por las fuentes indígenas y que Wigberto Jiménez Moreno ubicaba al principio del siglo X, se ve ampliamente confirmada por la arqueología del norte de México. Además, esa imagen se enriquece de manera considerable en cuanto a la variedad de pueblos, todos mesoamericanos, que concurrieron a formar el Estado tolteca. Por una parte, un grupo muy aguerrido que logra imponer una compleja liturgia ligada al poder con expresiones singulares en la arquitectura, la escultura y la iconografía. Por otra, pueblos que introducen en el centro sus ajuares domésticos. Además, esos mesoamericanos norteños o tolteca-chichimecas trajeron consigo el conocimiento de ese vasto septentrión con sus redes comerciales que llevaban a miles de kilómetros al norte, dilatado universo en donde diversos pueblos no-mesoamericanos entraron en con-

tacto con la Mesoamérica y le heredaron elementos tan importantes como el arco y la flecha o la turquesa.

Con los avances de la arqueología en la *chichimecatlalli*, poco a poco se va develando el misterio que cubría la imagen mítica de Chicomoztoc como matriz de pueblos y de cuyo peso, hace poco más de cuatro siglos, historiadores como los informantes de Sahagún habían empezado a liberarse.

b i b l i o g r a f í a

- Acosta, Jorge R.
1964. "La decimotercera temporada de exploraciones en Tula, Hidalgo", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. XVI (1963), México, p. 45-75.
- Álvarez, Ana María
1985. *Huatabampo: Consideraciones sobre una Comunidad Agrícola Prehispánica en el sur de Sonora*, tesis profesional, México, ENAH.
- Armillas, Pedro
1964. "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de México", en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, Universidades de Madrid y Sevilla, pp. 62-82.
- 1969. "The arid frontier of Mesoamerican civilization", en *Transactions of the New York Academy of Sciences*, serie II, vol. 31, Nueva York, Section of Anthropology, New York University at Stony Brook, pp. 697-704.
- Baus Czitrom, Carolyn
1996. "La región de los cazcanes en el siglo XVI", en *Antropología, Boletín Oficial del INAH*, nueva época, 44, México, pp. 20-30.
- Bernal, Ignacio
1963. *Mexico before Cortez: Art, History, Legend*, traducido por Willis Barnstone, Garden City, Nueva York, Doubleday & Co.
- Brambila Paz, Rosa
1995. "La zona septentrional en el Postclásico", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. III: *El Horizonte Posclásico y Algunos Aspectos Intelectuales de las Culturas Mesoamericanas*, México, INAH, UNAM, Porrúa, pp. 307-327.
- 1996. "La delimitación del territorio en el México prehispánico y el concepto de frontera", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio*

en *Arqueología; el Centro-Norte de México*, México, INAH, (Científica, Serie Arqueología, 323), pp. 15-22.

• Braniff Cornejo, Beatriz
1972. "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación", en *Teotihuacán, XI Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 273-323.

1977. "De la apropiación a la agricultura en el Norte de México", en *Los procesos de cambio, XV Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, t. 1, pp. 77-94.

1989a. "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", en *Arqueología 1*, segunda época, México, INAH, pp. 99-114.

1989b. "Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica", en *Cuadernos de Trabajo*, 9, México, INAH, ENAH.

1992. *La Estratigrafía Arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*, México, INAH (Científica, Serie Arqueología).

1996a. *I. Morales Guanajuato y la Tradición Chupícuaro*, México, INAH (en prensa).

1996b. "Los cuatro tiempos de la Tradición Chupícuaro", en *Arqueología 16*, México, INAH, pp. 59-68.

1997a. *II. Morales, Guanajuato y la Tradición Tolteca*, México, INAH (en Comisión Dictaminadora).

1997b. *Algunas Consideraciones sobre la Arqueología del Bajío*, Zamora, El Colegio de Michoacán (en prensa).

1998. "Fronteras", ponencia presentada en el *Sixth Biennial Southwest Symposium*, Hermosillo.

• Cabrero García, María Teresa
1989. *Civilización en el Norte de México*,

Arqueología de la Cañada del Río Bolaños (Zacatecas y Jalisco), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.

• Cárdenas, Efraín
1997. *La Arquitectura de Patio Hundido y la Estructura de Poder en el Bajío entre los años 300 y 650 d.C.*, tesis de maestría, Zamora, El Colegio de Michoacán.

• Carot, Patricia
1994. "Loma Alta: antigua isla funeraria en la ciénega de Zacapu, Michoacán", en Eduardo Williams y Roberto Novella (coords.), *Arqueología del Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 93-122.

1998. "Las rutas al desierto: de Michoacán a Arizona", en Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, Ma. de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México; Homenaje a la Dra. Beatriz Braniff*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Estéticas e Históricas (en prensa).

(en prensa). *Secuencias Loma Alta, Antigua Isla Funeraria y Centro Ceremonial Purhépecha (100 a.C. - 1450 d.C.)*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

• Castañeda, Carlos, Luz María Flores, Ana María Crespo, José Antonio Contreras, Trinidad Durán y Juan Carlos Saint Charles
1988. "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato", en *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México, Memoria*, México, Centro Regional de Querétaro (Cuaderno de trabajo 1), INAH, pp. 321-356.

• Castañeda, Carlos, Ana María Crespo y Luz María Flores
1996. "Santa María del Refugio: una ocupación de la fase Tlalmimilolpa en el Bajío", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El centro-norte de México*,

México, INAH (Científica, Serie Arqueología, 323), pp. 161-178.

•Cobean, Robert H.

1990. *La Cerámica de Tula, Hidalgo*, México, INAH (Estudios sobre Tula, Científica, 215).

•Cordell

1984. *Prehistory of the Southwest*, Nueva York, Academic Press.

•Crespo, Ana María

1976. *Villa de Reyes, San Luis Potosí; Un Núcleo Agrícola en la Frontera Norte de Mesoamérica*, México, INAH (Científica, 42).

1992. "Unidades político territoriales", en Brigitte Boehm y Phil Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo de la Civilización en el Occidente de México; Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 157-176.

1996. "La tradición del Blanco Levantado", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro Norte de México*, México, INAH (Científica, Serie Arqueología, 323), pp. 77-92.

(en prensa). "Los pueblos del Centro Norte y sus vínculos con el Occidente", en *Antropología e Historia del Occidente de México, XXIX Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología.

•Dean, Jeffrey S.

1992. "Thoughts on Hohokam chronology", en George J. Gumerman (ed.), *Exploring the Hohokam*, Albuquerque, Amerind Foundation Inc., University of New Mexico Press, pp. 61-149.

•Dean, Jeffrey S. y John C. Ravesloot
1993. "The chronology of cultural interaction in the Gran Chichimeca", en Anne I. Woosley y John C. Ravesloot (eds.), *Culture and Contact; Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca*, Albuquerque,

Amerind Foundation Inc., University of New Mexico Press, pp. 83-103.

•Di Peso, Charles C.

1974. *Casas Grandes, a Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*, vols. 1-3, Flagstaff, The Amerind Foundation (Publication 9), Northland Press.

•Di Peso, Charles C., John B. Rinaldo y Gloria J. Fenner

1974. *Casas Grandes, a Falen Trading Center of the Gran Chichimeca*, vols. 4-8, Flagstaff, The Amerind Foundation (Publication 9), Northland Press.

•Flores Olague, Jesús (coord.)

1995. *Historia Mínima de Zacatecas; la Fragua de una Leyenda*, México, Noriega Editores.

•Fowler, William R.

1989. "Nuevas perspectivas sobre las migraciones de los pipiles y los nica-raos", en *Arqueología*, segunda época, 1, México, INAH, pp. 89-98.

•García Gómez, Isabel

1994. "Evidencias de sacrificio humano en Xochicalco", en *Memoria del Tercer Congreso Interno del Centro INAH Morelos*, Cuernavaca, INAH, pp. 59-64.

•Guillemin Tarayre, Edmond

1867. "L'exploration minéralogique des régions mexicaines, deuxième partie; notes archéologiques et ethnographiques; vestiges laissés par les migrations américaines dans le Nord du Mexique", *Archives de la Commission Scientifique du Mexique*, III, París, Ministère de l'Éducation Publique, Imprimerie Impériale, pp. 341-470.

•Haury, Emil

1976. *The Hohokam Desert Farmers and Craftsmen*, Tucson, The University of Arizona Press.

•Hers, Marie-Areti

1983. "La pintura pseudocloisonné, una

manifestación temprana en la cultura Chalchihuites”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 53, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, pp. 25-39.

1988. “Chicomoztoc y la Mesoamérica marginal”, en *Historia, Leyendas y Mitos de México: Su Expresión en el Arte, XI Coloquio Internacional del Arte* (México, 1986), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, pp. 7-19.

1989. *Los Toltecas en Tierras Chichimecas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.

1990. “Los objetos de cobre en la cultura Chalchihuites”, en José Guadalupe Victoria (coord.), *Un Hombre, un Destino y un Lugar; Homenaje a Federico Sescosse*, México, Gobierno del Estado de Zacatecas, pp. 45-60.

1992. “Colonización mesoamericana y patrón de asentamiento en la Sierra Madre Occidental”, en Brigitte Boehm y Phil Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo de la Civilización en el Occidente de México; Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 103-136.

1995a. “La zona noroccidental en el Clásico”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia Antigua de México, II, El horizonte Clásico*, México, INAH, UNAM, Porrúa, pp. 227-259.

1995b. “Las salas de las columnas en La Quemada”, en Barbro Dahlgren y Ma. de los Dolores Soto de Archavaleta (eds.), *Arqueología del Norte y del Occidente de México; Homenaje al Dr. J. Charles Kelley* (Zacatecas, septiembre de 1986), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 93-113.

1998. “La Sierra del Nayar en el contexto del Septentrión mesoamericano”, en

Martha Fernández y Louise Noëlle (eds.), *Estudios sobre Arte; Sesenta Años del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, pp. 49-59.

•Hers, Marie-Areti, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.)

1998. *Nómadas y Sedentarios en el Norte de México; Homenaje a la Dra. Beatriz Braniff*, México, UNAM, Institutos de Investigaciones Antropológicas, Estéticas e Históricas (en prensa).

•Heyden, Doris

1976. “Caves, gods and myths: World-view and planning in Teotihuacan”, en Elizabeth Benton (comp.), *Mesoamerican Sites and Worldviews; a Conference at Dumbarton Oaks*, Washington, D. C., pp. 1-35.

•Hinton, Thomas

1983. “Southern periphery: West”, en *Handbook of North American Indians, X*, Washington, Smithsonian Institution, pp. 315-328.

•Holien, Thomas

1977. *Mesoamerican Pseudo-Cloisonné and Other Decorative Investments*, tesis doctoral, Carbondale, Southern Illinois University, Department of Anthropology.

•Holien, Thomas y Robert B. Pickering

1978. “Analogies in Classic period Chalchihuites culture to Late Mesoamerican ceremonialism”, en Esther Pastory (ed.), *Middle Classic Mesoamerica, A.D. 400-700*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 145-157.

•Hopkins III, Joseph W.

1983. “The Tomellín Cañada and the Postclassic Cuicatec”, en Kent Flannery y Joyce Marcus (eds.), *The Cloud People; Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, Nueva York, Academic Press, pp. 266-270.

- Jaeger, Edmundo C.
1957. *The North American Deserts*, California, Stanford University Press.
- Jiménez Betts, Peter
1992. "Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica: una interpretación", en Brigitte Boehm y Phil Weigand (coords.), *Origen y Desarrollo de la Civilización en el Occidente de México; Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp.177-204.
- Jiménez Moreno, Wigberto
1959. "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en Carmen Cook de Leonard (ed.), *El Esplendor del México Antiguo*, II, México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, pp. 1019-1108.
1970. "Nayarit: etnohistoria y arqueología", en Bernardo García Martínez *et al.* (eds.), *Historia y Sociedad en el mundo de Habla Española; Homenaje a José Miranda*, México, El Colegio de México, pp. 17-25.
- Kelley, J. Charles
1966. "Mesoamerican and the Southwestern United States", en Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey (eds.), *Handbook of Middle American Indians*, IV, Austin, University of Texas Press, pp. 95-110.
1971. "Archaeology of the Northern frontier: Zacatecas and Durango", en Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal (eds.), *Archaeology of Northern Mesoamerica, Handbook of Middle American Indians*, 11 (2), Austin, University of Texas Press, pp. 768-801.
1976. "Alta Vista: Outpost of Mesoamerican empire on the Tropic of Cancer", en *Las Fronteras de Mesoamérica, XIV Mesa Redonda* (Tegucigalpa, 1975), México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 21-40.
1986. "The mobile merchants of Molino", en F. J. Mathien y R. R. McGuire, *Ripples in the Chichimec Sea: New Considerations of Southwestern-Mesoamerican Interactions*, Carbondale, Center for Archaeological Investigations y Southern Illinois University Press, pp. 81-104.
- Kirchhoff, Paul
1943a. "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Acta Americana*, 1 (1), México, Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, pp. 92-107.
- 1943b. "Los recolectores-cazadores del norte de México", en *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos, Tercera Mesa Redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 133-144.
1954. "Gatherers and farmers of the Greater Southwest: a problem in classification", en *American Anthropologist*, 56, (1), pp. 520-550.
1961. "¿Se puede localizar Aztlán?", en *Anuario de Historia*, 1, México, UNAM, pp. 59-67.
- León-Portilla, Miguel
1974. "Los chichimecas de Mixcóatl y los orígenes de Tula", en Miguel León-Portilla (coord.), *Historia de México*, III, *Grandeza de la Última Cultura*, México, Salvat Editores de México, pp. 1-10.
- Lister, Robert H.
1955. *The Present Status of the Archaeology of Western Mexico: a Distributional Study*, Boulder, University of Colorado Studies (Series in Anthropology, 5).
- López Austin, Alfredo
1985. "El texto sahuaguntino sobre los mexicas", en *Anales de Antropología*, XXII, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 287-336.
1996. *Los Mitos del Tlacuache*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.

- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján 1996. *El Pasado Indígena*, México, El Colegio de México y FCE.
- Manrique Castañeda, Leonardo 1977. "Breve historia de los mexicanos; análisis y explicación de la historia que nos ha transmitido Sahagún", en *Revista Mexicana de Antropología e Historia*, XXIII (2), México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 271-315.
- Martínez Marín, Carlos 1965. "La peregrinación de los aztecas", en *Los Aztecas: su Historia y su Vida*, 1, México, Museo Nacional de Antropología e Historia, mimeógrafo.
- 1974. "Peregrinación de los mexicas", en Miguel León-Portilla (coord.), *Historia de México*, III, *Grandeza de la Última Cultura*, México, Salvat Editores de México, pp. 153-168.
- Mastache, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean 1990. "La cultura Coyotlatleco en el área de Tula", en Guadalupe Mastache y Robert Cobean (coords.), en *Las Industrias Líticas Coyotlatleco en el Área de Tula*, México, INAH (Científica), pp. 9-22.
- Meggers, Betty J. y Clifford Evans (eds.) 1963. *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review*, Washington, Smithsonian Institution (Smithsonian Miscellaneous Collection, 146 (1)).
- Michelet, Dominique 1995. "La zona occidental en el Postclásico", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. III: *El Horizonte Postclásico y Algunos Aspectos Intelectuales de las Culturas Mesoamericanas*, México, INAH, UNAM, Porrúa, pp. 153-188.
- Nelson, Ben A. 1990. "Observaciones acerca de la presencia tolteca en La Quemada, Zacatecas", en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y el Norte de México (siglos IX-XII)*; *Seminario de Arqueología Wigberto Jiménez Moreno*, 2, México, INAH, Museo Nacional de Antropología e Historia, pp. 521-540.
- 1993. "Outposts of Mesoamerican empire and architectural patterning at La Quemada, Zacatecas", en Anne I. Wosley y John C. Ravesloot (eds.), *Culture and Contact; Charles Di Peso's Gran Chichimeca*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 173-190.
- Niederberger Betton, Christine 1987. *Paléopaysages et Archéologie Pré-urbaine du Bassin de Mexico*, 2 tomos, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (Collection Études Mésoaméricaines I-11).
- Nieto G., Luis Felipe 1989. *Rescate Arquitectónico y Arqueológico de la Estructura A del Sitio Cañada de la Virgen*, primer informe al Consejo de Arqueología, Archivo Técnico, México, INAH (mecanoscrito).
- Noguera, Eduardo 1935. "Antecedentes y relaciones de la cultura teotihuacana", en *El México Antiguo*, México, abril de 1935, t. III, núms. 5-8, pp. 3-89; láms. IV y XXVIII, reeditado en Eduardo Matos (ed.), *La Pirámide del Sol, Teotihuacán*, México, Conaculta, INAH, Fundación Cultural Domecq, 1995, pp. 134-208.
- Odena Güemes, Lina 1990. "La composición étnica en el Postclásico y la cuestión chichimeca", en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y el Norte de México (siglos IX-XII)*; *Seminario de arqueología Wigberto Jiménez Moreno*, 2, México, INAH, Museo Nacional de Antropología e Historia, pp. 451-458.
- Pijoan, Carmen Ma. y Josefina Mansilla 1990. "Evidencias rituales en restos humanos del Norte de Mesoamérica", en Federica Sodi Miranda (coord.),

- Mesoamérica y el Norte de México (siglo IX-XII)*; Seminario de Arqueología Wigberto Jiménez Moreno, 2, México, INAH, Museo Nacional de Antropología e Historia, pp. 467-478.
- Ratray, Evelyn
1966. *An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery*, Mexico, University of the Americas (Mesoamerican Notes, 7-8).
 - Reff, Daniel T.
1985. *The Demographic and Cultural Consequences of Old World Disease in the Greater Southwest; 1520-1660*, disertación doctoral, The University of Oklahoma.
 - Reyes García, Luis y Lina Odena Güemes
1995. "La zona del Altiplano central en el Postclásico: la etapa chichimeca", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. III, *El Horizonte Postclásico y algunos Aspectos Intelectuales de las Culturas Mesoamericanas*, México, INAH, UNAM, Porrúa, pp. 225-264.
 - Rodríguez Loubet, François
1985. *Les Chichimèques; Archéologie et Ethnohistoire des Chasseurs-collecteurs du San Luis Potosí, Mexique*, México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines (Études Mésoaméricaines, vol. XII).
 - Ruppert, Karl
1943. *The Mercado, Chichén Itzá, Yuc.*, Washington, Carnegie Institution of Washington (Contributions to American Anthropology and History, 43).
1952. *Chichén Itzá; Architectural Notes and Plans*, Washington, Carnegie Institution of Washington (Publication, 595).
 - Rzedowski, Jersy
1978. *Vegetación de México*, México, Editorial Limusa.
 - Sahagún, fray Bernardino
1969. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, edición, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel María Garibay K., 4 tomos, segunda edición, México, Porrúa.
 - Saint-Charles Zetina, Juan Carlos,
1990. *Cerámicas Arqueológicas del Bajío: un Estudio Metodológico*, tesis profesional, Xalapa, Universidad Veracruzana.
 - Smithsonian Institution
1979. "Southwest", en A. Ortiz (ed.), *Handbook of North American Indians*, vol. 9, Washington.
 - Soto, María de los Dolores y Beatriz Braniff Cornejo (en preparación). "La Lítica en algunos contextos guanajuatenses".
 - Spencer, Charles S.
1982. *The Cuicatlán Cañada and Monte Albán; a Study of Primary State Formation*, Nueva York, Academic Press.
 - Suárez Diez, Lourdes
1990. "Una escultura de concha en la cultura tolteca", en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y el Norte de México (siglos IX-XII)*; Seminario de Arqueología Wigberto Jiménez Moreno, 2, México, INAH, Museo Nacional de Antropología e Historia, 2, pp. 585-594.
 - Tozzer, Alfred M.
1957. *Chichén Itzá and its Cenote of Sacrifice; a Comparative Study of Contemporary Maya and Toltecs*, Cambridge, Harvard University (Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vols. XI y XII).
 - Viramontes Anzures, Carlos
1996. "La conformación de la frontera chichimeca en la marca del río San Juan", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El centro-norte de México*,

México, INAH (Científica, Serie Arqueología), pp. 23-36.

- Wallerstein
1974. *The Modern World System, Studies in Social Discontinuity*, Nueva York, Academic Press.
- Weigand, Phil C.
1993. *Evolución de una Civilización Prehispánica; Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- 1997. "La turquesa", en *Arqueología Mexicana*, V (27), México, Editorial Raíces, pp. 33-40.

